

zas conquistadas, al paso que ella disminuía y se apagaba por días.

El Africa y su litoral no se acuerdan ya siquiera de su origen y de la dominación turca. Las religencias berberiscas son independientes de hecho, y ni aun tienen con la Turquía aquella fraternidad, aquella simpatía de la religión y de las costumbres, que constituye todavía una sombra de nacionalidad. El golpe dado en Navarino no tiene ni un eco en Tunez; el golpe dado á Argel no resuena en Constantinopla; la rama está separada del tronco; el litoral de Africa no es ni turco ni árabe, sino una colonia de bandoleros puestos sobre la tierra y que nunca echan raíces en ella; no tiene ni título ni derecho, ni familia entre las naciones; no pertenecen mas que al cañon; son como un navío sin pabellon sobre el cual todo el mundo puede hacer fuego: la Turquía no está allí.

El Egipto, poblado de árabes, dominado sucesivamente por todos los señores de la Siria, acaba de separarse de hecho del imperio. Mehemet-Alí intenta la resurrección del imperio de los califas; pero el fanatismo de un dogma nuevo, que brillaba en derredor del alfange de aquellos, no brilla ya al rededor del suyo. La Arabia dividida en tribus, sin cohesión, sin uniformidad de costumbres y leyes; la Arabia, acostumbrada hace siglos al yugo de todos los bajás, dista mucho de ver un liber-

tador en Mehemet Alí; ni aun vé en él un civilizador que la sacará de la barbarie y de la impotencia, y sí solo un esclavo afortunado y rebelde, que quiere ensanchar el lote que le ha dado la fortuna, enriquecerse él solo con los productos del Egipto y de la Siria y morir sin amo. Muerto él, sabe que volverá á caer bajo un yugo cualquiera, poco le importa.

Bagdad, en los confines del desierto de Siria, no contiene mas que una población compuesta de judíos, de cristianos, de persas y árabes; algunos millares de turcos mandados por un bajá á quien se espulsa ó que se rebela de tres en tres ó de cuatro en cuatro años, no bastan para constituir la nacionalidad turca en aquella ciudad de doscientas mil almas. Bagdad es por su naturaleza una ciudad libre, un mercado perteneciente á toda el Asia, para el depósito de su comercio interior; es una Palmira del desierto. Entre Bagdad y Damasco se estienden los vastos desiertos de la Siria y de la Mesopotamia, cruzados por el Eufrates, donde no hay reinos, ciudades ni dominios,—donde no hay mas que tiendas, que las tribus desconocidas é independientes trasladan de uno á otro confin de aquellas llanuras; tribus que no tienen mas nacionalidad que sus caprichos, que no reconocen ni patria, ni señor; hijos del desierto, que tienen por enemigos á todos los que quieren someterlos, ayer

á los turcos, hoy á los egipcios.... Esos no son turcos.

Damasco, grande y magnífica ciudad, ciudad santa, ciudad donde el fanatismo musulman prevalece todavía, tiene una población de ciento á ciento cincuenta mil almas; en este número hay treinta mil cristianos, siete ú ocho mil judíos y mas de cien mil árabes. Un puñado de turcos reina todavía por el espíritu de conquista y de coreligion sobre el país; pero Damasco, ciudad díscola é independiente, se rebela á cada instante, asesina á su bajá y espulsa á los turcos. Lo propio sucede en Alepo, ciudad infinitamente menos importante, de donde se retira el comercio, y que espira bajo las ruinas de sus terremotos. Las ciudades de la Siria propiamente tal desde Gaza hasta Alejandreta, contando las dos ciudades de Homs y de Hama, están igualmente pobladas de árabes, de griegos siriacos, de judíos, y de armenios; la totalidad de los turcos de este hermoso y vasto territorio no asciende arriba de veinte á cuarenta mil. Los maronitas, nacion sana, vigorosa, despejada, guerrera y mercantil, ocupan el Líbano y desdeñan ó desafían á los turcos. Los drusos y los metualis, tribus independientes y valerosas, forman, con los maronitas, bajo el gobierno federal del emir Beschir, la población dominante en realidad de la Siria y aun de Damasco el día en que todo esté desmembrado y abandonado á la

naturaleza: allí hay el gérmen de un gran pueblo nuevo y civilizable; la Europa no tiene que hacer mas que incubarle con los ojos y decirle:— ¡Levántate!

Luego vienen el Monte Tauro, y esa inmensa Caramania (Asia Menor) cuyas provincias eran siete reinos, cuyas playas eran ciudades independientes ó florecientes, colonias griegas y romanas. Yo he recorrido todas sus costas; yo he entrado en todos sus golfos, desde Tarson hasta Tcheshmé; y solo he visto playas fértiles; pero desiertas y algunas miserables aldeas habitadas por griegos; el interior encierra la indomable tribu de los turcomanos, que pastorean sus rebaños en los montes y se acampan el invierno en las llanuras. Aduana, Konnia, Kutaya, Angora, sus principales ciudades, están pobladas cada cual de algunos millares de turcos: solo Esmirna es un vasto centro de poblaciones, pues tiene sobre cien mil almas; pero mas de la mitad se compone de cristianos, de griegos, de armenios y de judíos. Si subimos las riberas del Asia Menor, hallamos las hermosas islas griegas de Chio, Rodas y Chipre. Chipre es ella sola un reino; tiene ochenta leguas de longitud sobre veinte de anchura; ha sustentado y sustentaria muchos millones de habitantes; tiene el cielo de Asia y el suelo de los trópicos; está poblada por sobre treinta mil griegos, y sesenta turcos, encerrados en una fortaleza ruinosa, representan en ella la nacio-

lidad otomana; lo mismo sucede en Rodas, en Stanchio, en Samos, en Chío, en Mitilene. Hasta aquí ¿dónde están los turcos?

Esta es sin embargo la mas hermosa mitad del imperio.

La orilla del mar de Mármara y el canal de los Dardanelos están poblados igualmente de algunas ciudades pequeñas, medio turcas, medio griegas, poblacion rara y pobre, diseminada á grandes distancias, por costas sin profundidad. No se puede evaluar la poblacion turca de estas partes en mas de cien mil almas, contando á Brusa.

Constantinopla, como todas las capitales de un pueblo en decadencia, es la única que ofrece una apariencia de poblacion y de vida; a medida que la vida de los imperios se aleja de las estremidades, se concentra en el corazon: tambien hubo tiempo en que todo el imperio griego estuvo en Constantinopla, y en que tomada la ciudad, ya no hubo imperio. No se sabe de cierto cuál es la poblacion de Constantinopla, y los cálculos varian desde trescientas mil almas a un millon, pues como falta la estadística, cada cual juzga sobre datos particulares. Los míos no son mas que la ojeada echada sobre el inmenso desarrollo de la ciudad, comprendida Scutari, sobre las riberas del Cuerno de Oro, del mar de Mármara, y de las costas de Asia y Europa: todo esto lo comprendo bajo el nombre

de Constantinopla, porque no hay interrupcion de casas. Las denominaciones de cuarteles, de ciudades y de aldeas son arbitrarias, y en realidad todo ese espacio forma un solo cuerpo de ciudad, un solo centro de poblacion; la serie de casas, kioskos, palacios ó aldeas, sobre una anchura a veces considerable, a veces de una ó dos casas solamente, es de sobre catorce leguas. Creo que el conjunto de esta poblacion puede calcularse en seis ó setecientas mil almas. Una tercera parte solamente es turca; lo restante se compone de armenios, judíos, cristianos, francos, griegos y búlgaros. — La poblacion turca de Constantinopla asciende, pues, segun mi cálculo, á unas dos ó trescientas mil almas. No he visitado las orillas del Ponto-Euxino, pero si hemos de dar crédito al escelente y concienzudo viage de M. Fontanier, publicado en 1834, las poblaciones indígenas predominan, y la poblacion turca está allí en decadencia, como en las partes del imperio que he recorrido.

En la Turquía de Europa, la única gran ciudad es Andrinópolis, y puede tener de treinta á cuarenta mil turcos; Filipópolis, Sofia, Nisa, Belgrado y las pequeñas ciudades intermedias, otro tanto. Añado doscientos mil turcos por la parte de la Turquía que no he visitado, y tendrémos un total de trescientos mil. En la Servia y la Bulgaria apenas hay un turco por aldea, y supongo que lo mismo sucede en las demas provincias de la Tur-

guía de Europa. Tomando en cuenta los errores que he podido cometer y atribuyendo al interior del Asia Menor una poblacion turca muy superior à la que manifiestan el testimonio de los ojos y las relaciones de los viajeros, no creo que en realidad el total de aquella ascienda en el dia á mas de dos ó tres millones de almas, y aun dudo mucho que llegue á este número. He aquí, pues, la raza conquistadora, venida de las orillas del mar Caspio y derretida al sol del Mediterráneo; he aquí la Turquía poseida por un tan corto número de hombres, ó mas bien perdida ya por ellos, porque mientras que el dogma de la fatalidad, la inercia, que es su consecuencia, la inmovilidad de instituciones y la barbarie de administracion, reducen casi a nada à los vencedores y a los señores del Asia, las razas esclavas, las razas cristianas del Norte y del Mediodia del imperio, las razas armenias, griegas, maronitas y la raza árabe conquistada, crecen y se multiplican por efecto de sus costumbres, de sus religiones y de su actividad. El número de los esclavos supera inmensamente al de los opresores: los griegos de la Morea, flaca y miserable poblacion, han echado ellos solos, en un momento de energía, à los turcos del Peloponeso; la Moldavia y la Valaquia han sacudido el yugo; las islas estarían todas emancipadas, a no ser por el tratado europeo que garantiza todavía su posesion al sultan; la Arabia toda entera está disecada en familias de

hombres, desconocidas unas de otras, aliadas sucesivamente con los turcos y con los egipcios, y trabajada, en su parte mas enérgica, por el gran cisma de los wahabi. Los rusos y los persas han arancado al dominio musulman dos terceras partes de los armenios; los georgianos son rusos; los maronitas y los drusos serán dueños de la Siria y de Damasco el dia en que lo intenten seriamente; los búlgaros son una numerosa y sana poblacion, tributaria todavía, pero que ella sola, mas numerosa y mas organizable que los turcos, se emancipará cuando quiera: los servios se han emancipado ya, y sus magníficas selvas empiezan a estar surcadas de caminos reales y a cubrirse de ciudades y aldeas; el príncipe Milosch, su gefe, no admite a algunos turcos en Belgrado mas que como a aliados, y no como a señores. El espíritu de conquista, alma de los osmanlis, se ha estinguido; el espíritu de proselitismo armado se ha desvanecido en ellos hace mucho tiempo; su fuerza de impulsion no ecsiste en parte alguna; su fuerza de conservacion, que residiria en una administracion uniforme, ilustrada y progresista, no reside mas que en la cabeza de Mahmud; el fanatismo popular ha muerto con los genízaros, y si los genízaros renacen, la barbarie renacerá con ellos; se necesitaria un milagro de genio para resucitar el imperio, y Mahmud no es mas que un hombre de corazon; el genio le falta; asiste en vida a su ruina, y halla obstáculos

donde una inteligencia mas vasta y firme hallaria instrumentos; so ve reducido, en fin, a buscar un apoyo en los rusos, sus enemigos inmediatos. Esta política de desesperacion y debilidad le pierde en el ánimo de su pueblo; Mahmud no es mas que la sombra de un sultan, asistiendo al desmembramiento sucesivo del imperio; apremiado entre la Europa que le protege y Mehemet-Alí que le amenaza, si resiste a la humillante proteccion de los rusos, Ibrahim llega y le derriba con solo presentarse; si hace la guerra a Ibrahim, la Francia y la Inglaterra confiscan sus escuadras y van a acamparse en los Dardanelos: si contrae alianza con Ibrahim, se hace el esclavo de su esclavo y halla la prision ó la muerte en su propio serrallo; una energía heróica y una tentativa de sublime desesperacion son lo único que puede salvarle y restaurar por algun tiempo la gloria otomana; cerrar por ambos lados los Dardanelos y el Ponto-Euxino; hacer un llamamiento a la Europa meridional y a lo que queda del islamismo, y marchar en persona contra Ibrahim y los rusos;—pero, suponiendo el triunfo, el imperio, cubierto de gloria por un momento, no por eso dejaria de descomponerse inmediatamente despues, con la sola diferencia de que una aureola de heroismo, iluminaria su caida,—y la raza de Osman acabaria, como empezó, en un triunfo.

Ahora que hemos visto el estado de Europa y el

del imperio otomano, ¿qué debe hacer una política previsora, una política de humanidad, y no de ciego y estúpido egoismo? ¿Qué debe hacer la Europa?

La rutina diplomática que repite sus acsiomas, una vez recibidos, mucho tiempo despues que ya no tienen sentido y que tiembla de tener una verdadera y grave cuestion que tratar porque no tiene ni la energía, ni la inteligencia necesarias para resolverla, dice que es preciso apuntalar por todas partes el imperio otomano, contrapeso necesario en Oriente al poder ruso. Si hubiera un imperio otomano, si hubiera turcos capaces de crear y organizar, no solamente ejércitos, sino un Estado que pudiese valer sobre el imperio ruso, é inquietarle seriamente mientras le hiciese la guerra la Europa meridional, acaso esa política seria conservadora. Muy atrevido ó muy insensato seria preciso ser para decir á la Europa: Borra del mapa un imperio ecsistente y lleno de vida; quita un peso inmenso de la balanza tan mal equilibrada ya del mundo político; el mundo no lo advertirá;—pero el imperio otomano no ecsiste ya mas que de nombre, su vida se ha estinguido, su peso en la balanza es nulo;—no es mas que un vasto espacio vacío que vuestra política antihumana quiere dejar vacío en vez de ocuparle, en vez de llenarle de poblaciones sanas y vivas que la naturaleza ha sembrado ya en él y que vosotros sembraréis y multiplicareis mas y mas. No precipiteis la ruina del

imperio otomano, no usurpeis el papel del destino, no tomeis la responsabilidad de la Providencia; pero no sostengais con una política ilusoria y culpable, ese fantasma al que nunca podreis dar mas que la apariencia y la actitud de la vida, porque está muerto. No os hagais los auxiliares de la barbarie y del islamismo contra la civilizacion, la razon y las religiones mas adelantadas que aquellos oprimen: no seais los cómplices de la servidumbre y de la despoblacion de las mas hermosas partes del mundo; dejad que se cumpla el destino; mirad, aguardad, teneos prontos.

El dia que se desmorone por sí mismo el imperio, zapado por Ibrahim ó por un bajá cualquiera, y caiga pedazo á pedazo al norte ó al mediodía, tendreis que decidir una cuestion muy sencilla:

¿Es preciso hacer la guerra á la Rusia para impedirle que herede las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla? ¿Es preciso hacer la guerra al Austria para impedirle que herede la mitad de la Turquía de Europa? ¿Es preciso hacer la guerra á la Inglaterra para impedirle que herede el Egipto y su camino para las Indias por el mar Rojo? ¿A la Francia para impedirle que colonice la Siria y la isla de Chipre? ¿A la Grecia para impedirle que se complete con el litoral del Mediterraneo y con las hermosas islas que tienen su poblacion y su nombre? ¿A todo el mundo, en fin, de miedo de que alguno se aproveche de

esos magníficos despojos? ¿O conviene mas ponernos de acuerdo y repartirlos entre la raza humana, bajo el patrocinio de Europa, para que la raza humana se multiplique y crezca en ellos y los fecundice la civilizacion? Tales son las dos cuestiones que tendrá que examinar un congreso de las potencias de Europa, y ciertamente que no es dudosa la respuesta.

Si baceis la guerra, tendreis la guerra con todos los males y todas las ruinas que acarrea; causareis la desgracia de la Europa y del Asia, y la vuestra tambien,—y acabada la guerra por efecto del cansancio, no habreis impedido nada de lo que queriais impedir; la fuerza de las cosas, la irresistible pendiente de los sucesos, la influencia de las simpatías nacionales y de las religiones, el poder de las posiciones territoriales, producirán su inevitable efecto. La Rusia ocupará las orillas del mar Negro y la ciudad de Constantinopla; el mar Negro es un lago ruso cuya llave es Constantinopla. El Asia ocupará la Servia, la Bulgaria y la Macedonia para seguir el paso á la Rusia; y la Francia, la Inglaterra y la Grecia, despues de haberse disputado algun tiempo el camino, ocuparán el Egipto, la Siria, Chipre y las islas. El efecto será el mismo; la sola diferencia será que se habrán derramado torrentes de sangre en tierra y en mar, se habrán sustituido divisiones forzadas, arbitrarias, hechas por el azar de las batallas, á divisiones